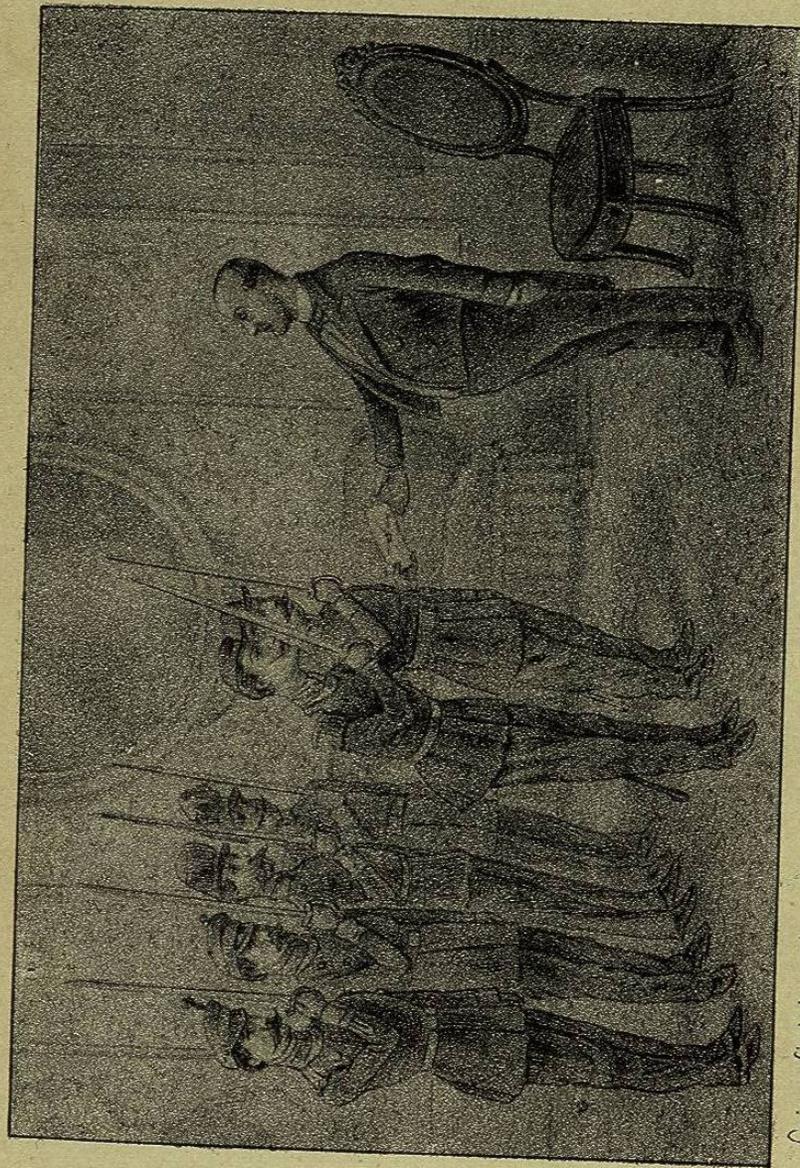


CAPITULO IV

LA SITUACIÓN

MIENTRAS que los príncipes austro-belgas estaban instruyéndose en las cosas de México y repasando el idioma español bajo la dirección de Fr. Tomás Gomez; mientras los mexicanos partidarios de la monarquía cruzaban en todas direcciones la Europa solicitando apoyos y redondeando la intriga más estúpida que han visto las edades modernas; mientras Napoleon soñaba en una conquista con que iba á llenar las páginas más gloriosas de su reinado, en la República Mexicana estaban pasando sucesos muy interesantes, y sobre todo graves, promovidos también por las desesperadas intrigas que habían puesto en juego los vencidos en la guerra llamada de Reforma.

Muy conocidos son de todas las personas que deben leer este libro los acontecimientos de aquella época de desastres y mucho se ha escrito sobre ella por diversos historiadores muy competentes para que pretendamos reconstruirla, lo cual sería muy extenso y



Seis oficiales, dos ingleses, dos franceses y dos españoles, fueron los encargados de presentar el ultimatum al gobierno mexicano.

nos alejaría de nuestro propósito; así es que solo vamos á dar una ojeada sobre la situación general que guardaba el país en los principios del año de 1862.

En virtud de la convención firmada en Lóndres en 31 de Octubre de 1861 por los representantes de Inglaterra, Francia y España para que ocuparan con sus escuadras el litoral mexicano sin intervenir en los asuntos interiores y solo para reclamar sus deudas por haber declarado el gobierno de la República por conducto del ministro Zamacona que se suspendían los abonos, habían desembarcado tropas en Veracruz de las tres potencias aliadas, dirigiendo en seguida los gefes de la expedición un *ultimatum* al gobierno de Juarez en cuyo documento exigían una reparación inmediata á los agravios inferidos á los nacionales de los países aliados y á las mismas potencias.

Esto pasaba en Enero de 1862.

Seis oficiales, en su mayor parte de marina, dos ingleses, dos franceses y dos españoles, fueron los porta-pliegos encargados de presentar el *ultimatum* al gobierno mexicano y dichos oficiales fueron muy agasajados en la capital, tornándose en simpatías los sentimientos desfavorables de que estaban animados.

Don Manuel Doblado, que era el ministro de relaciones exteriores, contestó con grande habilidad al *ultimatum* manifestando entre otras cosas: que la pacificación de la República que era lo que principalmente venían buscando los aliados, estaba ya hecha y el gobierno liberal sólidamente establecido, por lo que consiguió que se volvieran los porta-pliegos bien dispuestos á trabajar en que se celebraran

conferencias con comisionados mexicanos en el Estado de Veracruz. Así se hizo y á esas conferencias concurrió el mismo Doblado, arrancando la formación de los preliminares redactados en la Soledad, que fué un triunfo diplomático de los más completos.

A la vez Juárez expedía un terrible decreto el 26 de Enero, declarando delitos que se castigarían con la pena de muerte el de invasión extranjera sin previa declaración de guerra, y el de traición á la patria, considerándose traidores aquellos que de cualquiera manera ayudaran á los que profanaban el suelo de la República.

En esos momentos desembarcaron en Veracruz el padre Miranda y los generales Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y otros personajes intervencionistas. Esa fué la mancha más negra y más asquerosa de aquella época, ¡que hubiera intervencionistas! es decir, que hubiera hombres con sangre mexicana en las venas, que demostraran gran entusiasmo por una dominación extranjera.

Mientras el gobierno de Juárez se empeñaba en destruir las partidas de rebeldes que existían en el país, á fin de que las potencias vieran que no se necesitaba de ellas para la pacificación, los jefes conservadores Márquez, Cobos y demás cabeceillas, se afanaban en demostrar lo contrario presentándose en todas partes quebrantando los elementos del gobierno: este por lo mismo se encontraba exhausto de toda clase de recursos para poder hacer frente á un conflicto con las armas invasoras y se trataba de zanjar á todo trance las dificultades en el terreno de la diplomacia.

Pero los franceses traían ya un plan preconcebido. Las instrucciones terminantes de Napoleón, de acuerdo con los mexicanos infidentes y con el proyecto del establecimiento de una monarquía, eran las de no celebrar arreglo ninguno y las de quitar á Juárez y reponer en el mando al partido de la reacción para que este hiciera la proclamación de Maximiliano. De esta manera los comisarios inglés y español, que obraban de buena fé en la observancia de la convención, tuvieron que sostener grandes luchas con los comisarios franceses y especialmente con Saligny que era el más interesado en el asunto porque tenía alguna participación en la gran estafa conocida bajo el nombre de bonos de Jecker.

Como el gobierno de Juárez estaba reconocido por las tres potencias en los tratados de la Soledad y era público y notorio que el padre Miranda, Almonte y otros habían vuelto al país para revolucionarlo, nada más natural que pedir fueran expatriados aquellos malos mexicanos. Doblado, en consecuencia, dirigió una nota muy razonada y muy cortés á los comisarios de España, Francia é Inglaterra, diciéndoles que era de innegable notoriedad que Almonte, Haro, Miranda y otros habían llegado al país con el propósito de promover asonadas, que el gobierno tenía necesidad de destruir el foco de conspiración establecido bajo el amparo de las armas extranjeras y supuesto que su autoridad era reconocida por ellos, pedía que dichos individuos fueran alejados del territorio de la República.

Esta fué la manzana de la discordia que cayó en el seno de los comisionados, y el día 9 de Abril tuvo

ron una conferencia borrascosa que concluyó con el rompimiento ya previsto, desde que se sabía que Napoleón se había echado en el bolsillo izquierdo el convenio de Londres y había ordenado á sus gentes que destruyeran á Juárez y levantaran el trono de Maximiliano. Almonte y comparsa no fueron mas que el pretexto para concluir con una situación embarazosa creada por la mala fé y la duplicidad del emperador de los franceses.

En ese día 9 quedaron, pues, rotos los dos tratados, el que se firmó en Londres y el que se firmó después en la Soledad, tomando la resolución los ingleses y españoles de retirarse del país, aun sin arreglar sus reclamaciones, porque repugnaba á su caballerosidad la indigna conducta de aquel que se consideraba como el principal de los aliados.

La historia se ha encargado ya de calificar á los que intervinieron en aquel infame negocio y á nosotros ahora solo nos toca seguir adelante dando una ligerísima idea de aquellos sucesos.

Una felonía tenía que traer otra y otras. Conforme á los preliminares de la Soledad, las tropas extranjeras tenían que regresar á sus posiciones si se declaraba la guerra; pero lejos de eso y sin fórmula de ninguna clase, Laurencez, general en jefe de la expedición francesa, hizo avanzar sus fuerzas á Orizaba bajo el fútilo pretexto de que tenía que proteger á los enfermos franceses que estaban en el hospital. Fué una doble perfidia la de Laurencez, porque ni podía sin faltar al honor militar, escupir sobre la firma de Saligny, ni menos podía suponer que los en-

el doctor Gutierrez, que hacía tercio en los juegos de cartas y algunos otros vecinos sin importancia que tenían la costumbre de ir á tomar allí el té cada tres ó cuatro noches. También formaba parte de la tertulia, esa noche, Sebastián Perez, periodista que algo se interesaba por una prima de Aurora, si no por alguna de sus amiguitas.

Las reuniones se verificaban ahora más á menudo, con objeto de comunicarse sus noticias é impresiones, en virtud de los graves acontecimientos que se desarrollaban, lo cual hacían por de pronto con alguna moderación encontrándose allí personas de opiniones contrarias, como veremos más adelante.

Corrían los últimos días de Abril y con ellos las noticias de lo que estaba pasando en el Oriente de la República, sabiéndose no sin grandes zozobras por más fé que se tuviera en los soldados mexicanos, que el ejército francés avanzaba, si no muy rápidamente, á lo menos con toda firmeza, para el interior.

—Es claro que ha de avanzar, dijo el coronel, si le dejan abandonadas las más ventajosas posiciones, torpe sería si no las ocupara.

—Es necesario tener en cuenta, observó el abogado Camacho, que la perfidia con que Laurencez quebrantó los tratados de la Soledad, es lo que ha desorientado á los gefes de las tropas mexicanas.

—¿Pues cómo estuvo eso? preguntó doña Zenona, la esposa del boticario que estaba muy poco al corriente de los sucesos.

—Explíquesele usted, dijo Cisneros al abogado.

—Los tratados de la Soledad fueron los que firmaron los comisarios franceses, ingleses y españoles, es